

9

Querétaro, Qro., 13 de junio de 2008.

Queridos Joaquinito y Miguelito:

Les escribo esta carta para que sepan que ser su abuela ha sido una maravillosa experiencia para mí, y cuando pasen los años, quizá recuerden con alegría estos dulces pensamientos.

Gracias a Dios y especialmente a sus padres, Joaquín y Citlali, ustedes llegaron a alegrar la vida de sus cuatro abuelos: Tere, Alfonso, Rocío y Miguel.

Cuando nacieron, cada uno en su momento, yo experimentaba una sensación muy especial: sentía que mis raíces, mis antepasados y su historia, estaban vivos debido a la presencia de ustedes y brotó de mí una gran necesidad de amarlos, y cuidarlos.

Sentí una gran ternura en mi corazón, el cual se había atrofiado por la lucha diaria que representa la vida y por la rutina. Recordé junto a su cuna, mirando sus caritas, la inocencia con que los niños contemplan el mundo y se renovaron mis esperanzas en la bondad de los seres humanos.

Después de casi veinte años, volví a preparar mamilas y papillas, cambiar pañales y a cantar canciones de arrullo; para ayudar a mi hija que se estrenaba como mamá. ¡Y yo que creía que ya se me había olvidado cómo hacer todo aquello!

Cuando era joven tuve que trabajar mucho y dejé a mis dos hijas al cuidado de otras personas; no pude dedicarles todo el tiempo que era necesario. Quizá tampoco tenía la capacidad para valorar y disfrutar cada uno de sus avances y experimentaciones.

Ahora soy jubilada y puedo dedicar media jornada diaria a cuidarlos a ustedes, mientras mi hija estudia y trabaja.

Ya han transcurrido doce años desde que naciste, Joaquín; y ocho de tu llegada a la Tierra, Miguel; así que hemos recorrido juntos un largo sendero lleno de juegos, de amistad, de descubrimientos.

También hemos encontrado piedras que obstruían el camino, como las enfermedades, el cansancio, los mimos exagerados; pero hemos apartado estos obstáculos, con voluntad, trabajo, amor responsable y sobre todo con respeto. Respeto a sus derechos y también a sus obligaciones, respeto a mí misma y especialmente, respeto a sus padres.

Hijos, debo confesarles que he tenido que aprender a reconocer los límites que debe tener la presencia y la participación de una abuela en la familia de su hija.

Sus padres tienen el derecho de educarlos y disciplinarlos, de acuerdo a sus propios valores morales, según su educación, según las leyes de México.

En realidad coincidimos casi en todo, solamente que yo creo que el pacifismo de Gandhi, el gran Libertador de la India, puede aplicarse, en todas las situaciones, a la educación y de los hijos y los nietos.

Volviendo a hablar del respeto, tengo que decirles que estoy tratando de aprender a retirarme a tiempo cuando ya no es necesaria mi presencia en su casa; porque si no lo hago, entonces estoy robando el derecho natural y divino de sus padres de convivir con ustedes; de ser ellos principalmente quienes reciban su amor, de dedicar cada momento a conocerse, apoyarse y crecer juntos.

Y seguramente va a llegar el momento en que tenga que ausentarme más tiempo cada día, porque ustedes, mis nietos, están creciendo

constantemente y se vuelven más responsables e independientes; además, yo necesito descansar.

Le pido a Dios, a la Vida, que sean tan generosos con ustedes como lo fueron conmigo; Joaquín y Miguel, sé que tendrán que vivir momentos muy felices y otros muy tristes; pero deseo que siempre haya alguien a su lado que con inmenso amor pueda compartir sus alegrías y aliviar sus penas.

Ojalá que así como yo conocí el amor y me casé con un hombre bondadoso, así también ustedes encuentren, cada uno, por su lado, a la joven a la que entregarán su corazón y que será capaz de amarlos, sin condiciones, para formar una familia unida, honesta, trabajadora.

Nunca olviden a sus padres, quíeránlos tanto como ellos los quieren a ustedes y dediquenles, las mismas horas que ellos han dedicado para que ustedes vivan felices.

Algunos valores que han sostenido mi vida son el amor al estudio de la literatura, la contemplación de obras de arte ( pinturas, esculturas, arquitectura), ver películas que son como joyas, asistir al teatro y a conciertos de música clásica o popular.

Desde que eran pequeños, sus padres y sus abuelos hemos tratado de conducirlos por esa ruta artística; no la abandonen. Si quieren y pueden, escriban sus experiencias, canten, bailen como la abuela Tere, pinten; así su espíritu se enriquecerá y serán más felices.

También trabajen en la actividad que les guste, mas no sean holgazanes. El trabajo moderado es una de las llaves para construir la felicidad propia y la de su familia, así como para engrandecer a nuestro México.

Guien su vida por el camino de la honestidad y compartan sus bienes con los más necesitados; no olviden que la fortuna a veces nos sonríe y a veces nos hace malas jugadas.

No dejen de hacer ejercicio, avancen en la práctica del Tae-Kwon-do y profundicen en la filosofía oriental que hay dentro de este deporte. Hagan largas caminatas como las hacía el abuelo Poncho.

Y siempre que se pueda, disfruten la existencia sanamente. Recuerden la gran lección de vida que nos da cada día su abuelo Miguel, que a los 76 años, sigue dando clases a sus alumnos y los quiere como a sus hijos; que hace deporte, es muy amiguelero, inventa bromas y chistes constantemente. Y sobre todo, explora el mundo.

Sean ahorrativos y viajen como él nos ha enseñado; conozcan los más hermosos lugares de México y si les alcanza el dinero, viajen a otros países.

Cuando llegue el momento de mi muerte, no quiero que lloren porque yo los adoro y no me gusta verlos sufrir. Piensen que yo he tenido una vida muy feliz, que realicé casi todos mis sueños; que tuve un esposo querido, unas hijas maravillosas (Citlali y Maripaz); que viví dichosa junto a ustedes, mis queridos nietos; que tuve un padre y una madre abnegados, unos abuelos admirables y que tengo hermanos amorosos.

Cuando mi cuerpo y mi espíritu se separen, alégrense conmigo pues voy a conocer otras dimensiones espaciales y, además, voy a descansar.

Canten, tómense una copita , de vino tinto o de tequila; pongan el danzón Nereidas y luego el Himno a la Alegría; adentro de mi caja pongan un pedacito de pastel y ¡listo!

Joaquinito y Miguelito, les agradezco todos estos años que me han permitido vivir feliz a su lado; gracias por haber sido la fuente principal de mi

existencia actualmente,por el amor que me dan y que hacen brotar en mi.  
Los bendigo y le pido a Dios que los bendiga por siempre.

Su abuela Candilejas.